

El derecho natural en el orden interno e internacional

Bohdan T. Halajczuk

El positivismo jurídico, que creyó poder prescindir del derecho natural, en realidad reposaba sobre el supuesto de una civilización occidental cristiana. La irrupción de la URSS al primer plano de las relaciones internacionales, luego de la segunda guerra mundial, ha traído como consecuencia, al constatar la total falta de un denominador común, el problema de saber si la verdadera raíz de la actual crisis internacional se halla solamente en la oposición de los sistemas de derecho positivo, o más bien en la falta de un derecho natural común.

Tal es el problema que con su vasto dominio del tema aborda aquí nuestro colaborador el Profesor Dr. Bohdan T. Halajczuk, especialista ucranio de derecho internacional que fuera profesor de la materia en la Universidad de Munich.

I

El retorno del derecho natural fué notablemente impulsado por el progreso de la doctrina insnaturalista —la cual no presenta más los blancos fáciles para los positivistas—, y por otra parte por la aparición de los regímenes totalitarios que pusieron de manifiesto la insuficiencia del derecho positivo no anclado en el derecho natural.

Los positivistas reprocharon al derecho natural (1), entre otras cosas:

1) Arbitrariedad en la investigación, falta de un criterio fijo, especulaciones

desenfrenadas que conducían a veces a conclusiones diametralmente opuestas: como ejemplo típico citaban el famoso "estado natural", el cual, a la discreción del respectivo pensador racionalista, habría sido un "bellum omnium contra omnes" o una Arcadia pacífica.

2) Desvinculación de la realidad, por falta de atención al estudio del aspecto histórico-social.

3) Gérmes revolucionarios, peligrosos para el orden jurídico: deducciones extremistas sacadas de la teoría del contrato social (2), abuso del derecho natural para fines políticos (Kelsen).

4) Caotización de la jurisprudencia al abrirse el camino a la arbitrariedad del juez, que podía inspirarse en ideologías

(1) Muchos sin distinguir el derecho natural tradicional del racionalista. Lo que comprueba Schilling, *Christliche sozial und Rechtsphilosophie* (Munich, 1950), p. 47; parcialmente Messner, *Das Naturrecht* (Innsbruck-Wien, 1950), p. 245.

(2) Schilling, o. c., p. 47.

extremistas o simplemente extravagantes, por interés político o hasta personal.

Los positivistas creían poder escapar de los peligros de esta índole, sin exponer a la humanidad a otro peligro: a un derecho positivo contrario a la justicia y al bien común. Pues consideraban inverosímil este último peligro. Con razón comprueba Friedmann (3) que el anhelo de justicia no fué nunca eliminado por el mero estudio del derecho positivo (creemos formular con más exactitud la idea del autor al decir que la vigencia de las normas suprapositivas no fué generalmente renegada, no obstante el interés de los juristas centrado, en ciertas épocas, casi exclusivamente en la investigación del derecho positivo) y que la mayoría de los investigadores y jueces del siglo XIX se desinteresaba del derecho natural, pues creían en el progreso continuo de la civilización y en la seguridad del orden material y jurídico.

En efecto, los positivistas generalmente no negaban la vigencia de las normas suprapositivas, sino el carácter jurídico de aquéllas, relegándolas al orden metajurídico, moral. Por ejemplo Nawiasky (4) admite que el legislador debe inspirarse en los principios superiores, suprapositivos, los cuales no obstante carecen de carácter jurídico, por falta de coacción. Algunos opinan que la valuación del derecho es la tarea de la filosofía del derecho; otros, que las normas jurídicas tienen su fundamento en las normas morales. No niega Kelsen la validez de la justicia, al calificarla de ideología política; la relega solamente, fiel a su purismo, a un campo distinto. "Kelsen defen-

dió siempre la dignidad de la persona humana, la libertad económica; siempre fué enemigo encarnizado de la tiranía, del totalitarismo, de la guerra. Su relativismo intelectual no le impidió a Kelsen como hombre profesar, enteramente y sin reserva, los valores de la civilización occidental", comprueba otro eminente representante de la Escuela de Viena (5).

Por lo tanto, se admitía el positivismo jurídico bajo una *sui generis* "clausula rebus sic stantibus": bajo la condición tácita de que el derecho positivo seguiría siendo la parte de una civilización, la civilización cristiana. Así Kunz, si bien reniega el carácter jurídico del derecho natural, reconoce que los dos grandes sistemas jurídicos europeos —el derecho romano continental y el Common Law anglosajón— "tienen su último fundamento en los supremos valores de la civilización occidental, cristiana. Estos valores resultan de la filosofía, ciencia y arte griegas, del derecho romano, fecundado este último por la filosofía griega, y de la civilización hebraicocristiana" (6). Creíase en el progreso continuo de la civilización, y por tanto en el perfeccionamiento paulatino del derecho positivo, sin admitir la probabilidad de un retroceso violento. El derecho fué considerado como producto de nuestra civilización, más que como el garante de ella. Por ello se creyeron superfluas las garantías contra el poder legislativo, para el caso de que los gobernantes violaran el orden moral de nuestra civilización. Se las consideraba tan irreales como, por ejemplo, se consideran hoy día los proyectos de preparativos de defen-

(3) Friedmann, *Ubergesetzliche Rechtsgrundsatze und Lösung der Rechtsproblemen*, en "Archiv für Rechts und Sozialphilosophie", XLI, 3 (1955), p. 348.

(4) Nawiasky, *Allgemeine Rechtslehre* (1948).

(5) Kunz, *Pluralismus der Naturrechte und Völkerrecht*, en "Österreichische Zeitschrift für Öffentliches Recht", tomo 672 (1954), p. 191.

(6) Ibid., p. 192.

sa interplanetaria, propuestos por el general Mac Arthur. Tanto más que los juristas que se dedican a la investigación del derecho positivo son por lo general poco inclinados al estudio de las hipótesis de probabilidad dudosa (7).

"En los tiempos de estabilidad política, social y económica, el principio de la seguridad jurídica tiene prioridad sobre el de la justicia; pero la relación entre estos dos principios se invierte cuando las circunstancias, y con ellas el derecho, son sometidas a un cambio violento", escribe el filósofo alemán del derecho, Sauer (8). Friedmann parece compartir esta opinión, al comprobar (9) que el problema del derecho natural y de los principios suprapositivos se actualiza en los períodos de perturbaciones de los valores morales y sociales; en las épocas en que el hombre pierde la confianza en sí mismo, material y moral. Agrega (10) que en particular los problemas resultantes del conflicto entre la obediencia absoluta por un lado, y la resistencia "ilegal" en nombre de los principios suprapositivos por otro, explican la importancia del problema del derecho natural después de la segunda guerra mundial.

En efecto, el retorno del derecho natural ocurrió justo en el momento en que el nacionalsocialismo alemán denunció la vigencia de la moral cristiana (por

el origen judío del cristianismo) y del derecho romano (substituyendo a este último los principios del primitivo derecho germánico).

La revisión de la opinión dominante relativa al derecho natural se produjo bajo la impresión del totalitarismo alemán y no del ruso, pues la repulsión que suscitó este último no tuvo una repercusión tan grande en este campo. Se admitía generalmente que tal retroceso a la barbarie había sido posible únicamente en Rusia, país euroasiático más bien que europeo, incorporado al mundo europeo hace apenas poco más de dos siglos (bajo Pedro el Grande) y, a juzgar por el despótico régimen zarista, incorporado de un modo bastante superficial. Muy distinta fué la impresión producida por la aparición de un régimen análogo en Alemania —una gran nación arraigada en el corazón mismo de Europa, y que dió una contribución tan substancial al desarrollo de la cultura europea—, en la patria de Goethe y de Beethoven. Se quebrantó la creencia en el progreso continuo de la humanidad, base optimista del positivismo. En el triste experimento nacionalsocialista fué comprobado empíricamente que el sumo poder, inclusive el legislativo, de una nación como la alemana, puede caer en manos de elementos que, renegando los supremos valores propios de nuestra civilización, son aptos para convertir la ley en instrumento del crimen. Fué evidenciado que es inadmisibles la soberanía ilimitada del legislador y la vigencia absoluta de cada ley. Y asimismo quedó de manifiesto que la vigencia del derecho positivo debe ser averiguada según su conformidad con un criterio superior, al cual está sometido también el legislador.

Así se explica el retorno del derecho natural en el orden interno, después de

(7) Por ejemplo Jellinek, en su obra dedicada a las uniones interestatales (*Staatverbindungen*) prescinde de la solución de la cuestión de saber si una guerra entre los miembros de la misma confederación de estados sería una guerra internacional o civil, pues "hasta la fecha, esta clase de guerras se hacían únicamente en las páginas de algunos compendios de derecho internacional".

(8) Sauer, *System der Rechts und Sozialphilosophie*, 2ª ed. (Basilea, 1949), p. 196.

(9) Friedmann, o. c., p. 348.

(10) Ibid., p. 361.

la segunda guerra mundial. Así se explica el hecho de que, por ejemplo, un pensador tan maduro como Radbruch se aparte de su relativismo ortodoxo en la última edición de su obra maestra, publicada después de la triste experiencia alemana.

II

La crítica de la doctrina del derecho natural aparece en planos distintos en el orden interno y en el internacional.

En este último, rara vez aparecen postulados iusnaturalistas que podrían ser calificados de revolucionarios, peligrosos al orden existente (como por ejemplo el principio de las nacionalidades en su forma primitiva, italiana). Por otra parte, el peligro de realización de aquellos es, en el derecho internacional, muy reducido. El derecho internacional es, mucho más que el interno, conservador, recalcitrante al progreso así como al retroceso. Comprueba la historia que un gran reformador, un Lenin, Mussolini o Salazar, puede dar un rumbo enteramente nuevo al desarrollo del orden jurídico interno. Pero comprueba, por otra parte, el fracaso de Woodrow Wilson que ningún cambio fundamental análogo es posible en el orden internacional.

Por su carácter estático e inerte, por el freno resultante del principio de la unanimidad, el derecho internacional no puede desempeñar un papel negativo de mayor alcance. Aunque varios tratados internacionales son calificados de disconformes con el derecho natural, esta disconformidad rara vez es tan manifiesta y generalmente reconocida como muchos actos legislativos en los países civilizados. Es mucho más difícil formular una valoración del tratado de paz de Versalles que, por ejemplo, de las leyes laicistas francesas de principios del siglo. La legislación antijudía del tercer Reich

no tiene ninguna analogía equivalente en los tratados concluidos entre las potencias del Eje. Por tanto es relativamente reducido, en el orden internacional, el papel del derecho natural como factor de prevención.

Llegamos a una conclusión análoga, considerando el derecho natural como factor de progreso. El derecho internacional contemporáneo es un derecho primitivo; sus órganos se confunden con sus sujetos (11). Mientras la comunidad internacional carezca de órganos específicos eficaces, si no legislativos por lo menos judiciales y ejecutivos, no es posible un progreso substancial. En la actual etapa de su desarrollo, el derecho internacional presenta más bien un modesto *modus vivendi* precario y oportunista, que un auténtico sistema de normas armoniosamente orientado hacia la justicia y el bien común. "La verdadera finalidad del derecho internacional es la reglamentación de las relaciones entre los estados desde el punto de vista técnico, haciéndolas posibles; la justicia en el sentido humano no puede llegar a realizarse entre los estados" —opina Feldt (12) y no está solo en su escepticismo.

Siendo la aplicación de los principios del derecho natural tan difícil en el orden internacional, existe el peligro de un divorcio profundo y duradero entre la realidad internacional y las normas del derecho internacional, aceptadas sin tener bastante en cuenta esta realidad. No es cuestión de una aplicación incompleta o imperfecta de las normas del derecho vigente, de la tensión entre el deber-ser y el ser, propia del derecho en general.

(11) Kelsen, *Teoría general del derecho y del estado* (México, 1950), p. 357-9.

(12) Feldt, *Universale und partikuläre Regelung im Völkerrecht*, en "Zeitschrift für Völkerrecht", tomo 22, p. 194.

Se trata del peligro de la creación de normas que quedarán letras muertas, sin llegar nunca a una aplicación más o menos continua en las relaciones internacionales.

Basta con recordar la triste experiencia con la llamada doctrina Stimson propuesta por el entonces Secretario de Estado de los Estados Unidos y adoptada por la Asamblea General de la Sociedad de las Naciones, el 11 de marzo de 1932, bajo la fórmula siguiente: "Los miembros de la S. D. N. se comprometen a no reconocer ninguna situación, ningún tratado, ningún acuerdo que pueda obtenerse por medios contrarios al pacto de la S. D. N. o al pacto de París" (13). Aunque se trataba de una norma completamente conforme al bien común (prevención de agresiones futuras) y a la justicia, y aunque no se imponía a los estados miembros ninguna medida coercitiva contra el agresor, que pudiera resultar peligrosa para sus respectivos intereses nacionales, sin embargo la doctrina Stimson no llegó a ser una norma del derecho internacional positivo. Hasta estallar la segunda guerra mundial, los estados miembros de la S. D. N. —uno tras otro— reconocían, si no de derecho por lo menos de hecho, la anexión violenta de la Manchuria (que había estimulado la aceptación de la doctrina Stimson), y después la conquista de Etiopía. Al comentar este intento malogrado, los internacionalistas más destacados —muchos de ellos ajenos a un positivismo ortodoxo— condenan el divorcio entre las normas del derecho internacional positivo y la realidad inter-

nacional: así François, Scelle, Brierly, Jumeau (14).

El orden internacional —estático, conservador, recalcitrante al perfeccionamiento e inmune al retroceso— parecía ser poco accesible a la penetración consciente del derecho natural. El reconocimiento, por la Corte de La Haya, de los principios generales de derecho como fuente auxiliar del derecho natural, constituye una de las concesiones al respecto. No obstante, la revisión de la opinión relativa a la trascendencia del derecho natural llegó también allí, poco después del retorno del derecho natural en el orden interno.

En este caso fué al totalitarismo ruso a quien tocó desempeñar el papel de catalizador, aproximadamente treinta años después de la revolución de 1917. En la época de la revolución bolchevique y de la política de "cordón sanitario", las relaciones de Moscú con el exterior eran antagónicas y reducidas, y por tanto no surgían de allí problemas de mayor alcance. No participando en la elaboración de los tratados-leyes, la URSS no podía ejercer ninguna influencia sobre la formación de las nuevas normas del derecho internacional. La aplicación de las normas existentes no planteaba ningún grave problema de principios, pues las relaciones a través de la Cortina de Hierro de aquella época, partiendo de cero, se desarrollaban paulatinamente sin haber llegado, hasta el estallido de la segunda guerra mundial, a un volumen importante. Inclusive después de la admisión en la S. D. N. y en el sistema de la seguridad colectiva, el papel de la URSS dentro de la comunidad internacional no fué proporcional a su poderío. Las relaciones entre el tercer Reich y el mundo democrático fueron asimismo muy antagónicas y además de una duración demasiado breve: Hitler llegó al poder en

(13) Boletín de la S. D. N., C. 654 M. 317 (1932).

(14) Opiniones citadas textualmente en mi libro *Los estados conquistados ante el derecho internacional* (Buenos Aires, 1950), pp. 70-75.

1933, y seis años después estalló la segunda guerra mundial, y en este ínterin la situación internacional fué tornándose cada vez más tensa. De modo que el problema sólo surgió, en realidad, en toda su amplitud, desde el momento en que una gran potencia totalitaria, la URSS, apareció como un factor activo dentro de la comunidad internacional, primero como aliado de las grandes potencias democráticas, luego como un poderoso miembro permanente del Consejo de Seguridad de la O.N.U.

III

La trascendencia del derecho natural en el orden internacional, puesta de relieve por la aparición de la URSS dentro de la comunidad internacional, fué comprobada por el conocido internacionalista y iusfilósofo austríaco Kunz (actualmente residente en los EE. UU. y profesor en la Universidad de Toledo, Ohio). (15).

El derecho internacional actual —constata este autor— es el producto de la civilización occidental, griego-cristiana. Al principio un derecho regional de Europa, se extendió paulatinamente a través del mundo entero, paralelamente con la civilización occidental. Esta unidad del mundo sufrió el primer golpe en 1917, con la revolución bolchevique rusa, y el siguiente con la emancipación de las naciones asiáticas, en la mitad del siglo XX. Ahora le falta al derecho internacional una base ideológica homogénea, pues carece de un denominador común el mundo actual, dividido en cuatro grandes sistemas jurídicos: el occidental, el soviético, el musulmán y el de Extremo Oriente. Nos limitaremos a la consideración de lo que atañe al sistema soviético,

actualmente en vigencia no solamente en la URSS sino también en sus numerosos satélites.

Bien que resultado de una escisión dentro del mundo occidental, el derecho soviético tiene un carácter enteramente distinto del occidental, por la diferencia en la organización económica y en la ideología. Mientras para el mundo libre el individuo es el ideal, según Marx la libertad del individuo es posible únicamente en la colectividad. Esta ideología marxista-colectivista, atea, totalitaria, "monolítica", es no solamente distinta, sino máximamente incompatible con el derecho natural del mundo libre occidental. De allí surgen graves problemas para el derecho internacional universal. Ya el internacionalista soviético Korovin ponía en duda la posibilidad de un derecho internacional universal, común para el mundo comunista y no-comunista, limitándose, por lo tanto, a un "derecho internacional de la época de transición" (título muy significativo de su obra, publicada en 1924).

Para el derecho internacional soviético son inaceptables numerosas instituciones y normas del derecho internacional, calificadas de "capitalistas" y "burguesas". Defendiendo el dogma tradicional de la soberanía (anacrónico según el actual concepto occidental), no admite ninguna organización ni ente internacional, ninguna inspección internacional (como sería el caso de la fiscalización de la industria atómica). Considera el derecho de veto como la base de la Carta de las Naciones Unidas. Es reducida su participación en la cooperación internacional no-política.

Los conceptos y las normas de derecho internacional son sometidos a una interpretación dialéctica. Adaptando la doctrina católica del "bellum iustum", se

(15) Kunz, o. c., pp. 200-204.

consideran justas las guerras comunistas (llevadas a cabo con el fin de "liberar" a los obreros y campesinos), e injustas las llamadas guerras capitalistas-imperialistas. Desde este punto de vista es significativa la experiencia de la guerra coreana, y la actual intervención en Hungría.

En conclusión: ciertos conceptos de la Carta de las Naciones Unidas, tales como "libertad" o "democracia", tienen sentido solamente bajo la luz de un derecho internacional determinado. Por tanto, por ejemplo, el tratado sobre la protección de los derechos del hombre no puede ser llevado a la práctica en escala universal, a pesar de los prolongados esfuerzos de la U.N. En cambio, llegaron a un acuerdo al respecto las naciones que reconocen el derecho natural occidental, como las americanas (declaración panamericana de los derechos del hombre) o las de Europa Occidental (tratado de Roma). La oposición entre el derecho natural soviético y no-soviético, universal y contractual, lo mismo que el derecho de las organizaciones internacionales, plantean numerosos problemas difíciles *de lege lata* y *de lege ferenda*.

Kunz no es el primero ni el único autor que haya sometido a análisis jurídico la actual tensión entre la URSS y el mundo libre. Así Kulski, comentarista de la doctrina jurídica soviética en "The American Journal of International Law", publicó un breve artículo sintético sobre las tendencias actuales en la doctrina soviética del derecho internacional. Ilustra con varios ejemplos la dialéctica de los internacionalistas soviéticos, mencionada por Kunz. Según la conveniencia política, expresan opiniones diametralmente opuestas con respecto a hechos de la misma naturaleza. Por ejemplo la segunda guerra mundial fué, para Alemania, jus-

ta desde 1939 hasta 1941, injusta desde el momento de la invasión de la URSS. La misma doble medida en lo relativo al tratamiento de los guerrilleros soviéticos y antisoviéticos, y en cuanto a la "clausula rebus sic stantibus", la soberanía, etc. (16). En cuanto a esta última, comprueba Chakste (17) que la URSS "desarrolló un concepto nuevo, desvinculado del ejercicio de la independencia interna y externa". En efecto, por ejemplo el internacionalista soviético Krylov considera soberanos los estados-miembros de la URSS (18) y, por otra parte, opina que "resulta del tratado griego-norteamericano y turco-norteamericano, que las llamadas recomendaciones de los diplomáticos y peritos norteamericanos limitan en alto grado la soberanía, la libertad de acción del gobierno griego y del turco" (19).

Varios autores buscaban también una explicación jurídica del llamado conflicto entre el Este y el Oeste; citemos entre otros a Wilk, Berlis, Lyon-Caen, etc. (20). Lyon-Caen comprueba únicamente las divergencias de orden económico, social y político entre la URSS y el mundo libre, y cree posible un nuevo derecho internacional de coexistencia pacífica. No comparte su optimismo Berlis, que descubre la raíz de la guerra fría en la falta

(16) Chakste, *Soviet concept of the state, international law and sovereignty*, en "American Journal of International Law" (enero 1947), p. 35.

(17) Ibid.

(18) Krylov, *La notion du droit des gens*, en "D. D. I., Recueil des Cours" (1947), p. 457.

(19) Ibid., p. 452.

(20) Por ejemplo Wilk, *International law and global ideological conflict*, en "Amer. Journal" (1951), pp. 648-670; Berlis, *Le droit des gens et la coexistence ruso-américaine*, en "Journal du Droit international" (enero, 1952), pp. 26-36; Lyon-Caen, *Le droit international et la coexistence paci-*

de una ética común para la URSS y el mundo libre (pero sin desarrollar su opinión, como lo hace Kunz).

Dejamos de lado numerosas cuestiones que surgen al margen del artículo de Kunz, tan fecundo en ideas. Nos falta, posiblemente, una perspectiva histórica suficiente para darnos cuenta si la crisis actual en Asia es debida a la aparición dentro de la comunidad internacional de numerosos estados nuevos formados en distintas doctrinas de derecho natural, o solamente a la poca experiencia política de los flamantes estadistas, hábilmente explotada por la diplomacia soviética. Prescindimos de la cuestión de saber si la revolución de 1917 fué realmente una escisión dentro del mundo occidental. No planteamos el problema de saber si la ideología soviética, transformada por orden superior tantas veces durante las cuatro décadas que han transcurrido desde el año 1917, merece el calificativo de "derecho natural soviético". Tampoco resumiremos aquí la opinión de Kunz relativa al derecho natural en general.

Nos limitaremos a destacar lo esencial: la comprobación de la trascendencia, en el orden internacional, del derecho natu-

ral, sin el cual no solamente las normas del derecho positivo quedan inoperantes, sino hasta los conceptos tan elementales como "libertad" o "democracia" pierden todo sentido positivo. Es tanto más digna de atención esta constatación, cuanto que fué formulada por un prestigioso jurista que, formado en la escuela vienesa de Kelsen, llegó al reconocimiento de la importancia del derecho natural desde un punto de partida bastante alejado. Y llegó hasta allí a través de un estudio profundo del derecho positivo, estudio que realizó armado de sutiles métodos de investigación neokantianos.

Kunz comprueba en primer lugar la dificultad resultante de la aplicación de las normas vigentes del derecho internacional, lo que hace el sistema de estas normas inoperante. El peligro parecía ser sumamente grave, si se trata del desarrollo del derecho internacional, por la creación de nuevas normas, convencionales y hasta cierto grado también consuetudinarias. Por falta de un derecho natural común —de una escala de valores y finalidad comunes— es difícil la creación de nuevos tratados (leyes que son producto del acuerdo de varios estados, inspirados por intenciones concordes). Si los dos bandos existentes actualmente se petrifican en su intransigencia, es inevitable un estancamiento. Si los occidentales hacen concesiones de orden formal, llegan a soluciones híbridas, inoperantes, como la Carta de las Naciones Unidas, paralizada por el principio de unanimidad vigente en el Consejo de Seguridad. Si transigieran en cuanto a los principios de derecho natural, el derecho internacional sufriría un triste retroceso (como por ejemplo en el caso de la extradición de los ex-prisioneros de guerra y de los refugiados soviéticos por las autoridades británicas y norteamericanas, en 1945).

que des États relevant de systèmes politiques opposés, en la misma revista, pp. 47-82; Pinto, *Le droit international de la coexistence*, en la misma revista (1955, n. 2), pp. 306-322; Burdeau, *Régimes politiques et communauté internationale*, en "Revue Générale du D. I. P." (1953, n. 4), pp. 521-531; Ménahem, *L'exigence d'un droit international nouveau*, en "La vie intellectuelle" (agosto-sep. 1950), pp. 153-166; Northrop, *The Taming of Nations* (N. York, 1952), pp. 271-276; Santa Pinter, *¿Un nuevo derecho internacional?*, en "Jurisprudencia argentina" (1953, n. 2), p. 29. Por el contrario, Messner prescinde de este factor fundamental de la crisis actual (en la edición alemana de su obra, terminada en 1949), limitándose a la crítica de la Carta de la O. N. U., a la falta del desarme y al principio de la unanimidad (pp. 414-415).

IV

Se plantea, pues, la cuestión de saber si la verdadera raíz de la crisis internacional actual es la falta de un derecho natural común, o solamente la oposición entre dos sistemas de derecho positivo. Para contestarla se impone un breve panorama de la evolución de la doctrina soviética del derecho internacional.

Los investigadores de esta materia —como Calvez o Lappena (21)— distinguen tres períodos. En la época revolucionaria y la de guerra civil renegaba el gobierno soviético la posibilidad de un *modus vivendi* con los estados capitalistas, y por ende la posibilidad de un derecho vigente para los estados soviéticos y no-soviéticos. La necesidad de tal derecho se planteó desde la localización del nuevo régimen en la URSS.

El primer período lo inaugura Korovin en 1924, al publicar su **Derecho internacional de la época de transición**: se limita a trazar el concepto de un *modus vivendi* minimal y provisorio, para la época de la coexistencia en nuestro planeta de los estados comunistas y capitalistas, hasta la desaparición definitiva de estos últimos, como resultado de la revolución mundial. Fiel discípulo de Lenin, Korovin considera el estado como una institución transitoria, por lo tanto le niega la personería internacional, atribuyendo ésta a la nación.

En el segundo período, entre 1930 y 1938, Pashukanis, como teórico oficial, reconoce al estado la calidad de sujeto del derecho internacional, pero reduce este derecho a las normas de carácter puramente formal, aplicables por el gobier-

no soviético según exigencias de la conveniencia política. Un rumbo enteramente nuevo marca el actual tercer período, representado por el difunto Vishinky, Krylov, Kozhevnikov: es el retorno al derecho positivo tradicional del Occidente. Reconoce la existencia de los principios generales en el derecho internacional, pero reniega la primacía de aquel sobre el orden jurídico interno, exagerando al extremo la soberanía.

Al principio hubo muchos conflictos entre el mundo libre y la Rusia soviética con sus satélites (confederados en 1923 en la URSS), que no produjeron mayores sacudidas en la comunidad internacional, gracias al aislamiento tras del "cordón sanitario": así por ejemplo la cuestión delicada de las deudas del imperio ruso y de las inversiones pre-revolucionarias de capitales extranjeros; o del abuso de las inmunidades diplomáticas por parte de los agentes soviéticos, que fomentaban el movimiento subversivo en los estados capitalistas. Son fácilmente explicables por el no-reconocimiento, por parte del gobierno soviético de la época, del derecho internacional "burgués": de la continuidad de las obligaciones contraídas por un estado, a través de los cambios de gobiernos y regímenes, ni del principio de la no-intervención en los asuntos internos de los estados extranjeros (22). La imposibilidad de llegar a un lenguaje común en tales condiciones se explica fácilmente desde el punto de vista positivista. No es posible dar una explicación análoga a la escisión actual dentro de la comunidad internacional, que sigue estando dividida, no obstante la adhesión de la doctrina oficial soviética al derecho internacional tradicional.

(21) Calvez, *Droit international et souveraineté en U.R.S.S.* (Paris, 1953); Lappena, *Conception soviétique du droit international public* (Paris, 1953).

(22) En cuanto al punto de vista soviético al respecto, cf. mi libro *El estado ucranio del siglo XX* (Buenos Aires, 1955), pp. 42-44.

El mismo conjunto de normas que, lejos de ser perfecto, aseguraba un **modus vivendi** aceptable dentro de la comunidad internacional durante los siglos, llegó a ser inoperante hoy en día. Resulta que tras de estas normas existía algo que les daba un sentido. Que la voluntad de las naciones, fuente inmediata del derecho internacional positivo, había estado orientada por algunos principios directores comunes a todas las naciones, que armonizan las voluntades dispersas. Y que, sin este factor, la fuente inmediata

queda estéril, incapaz de dar origen a las normas positivas operantes.

Llegamos a la conclusión de que el derecho internacional, lo mismo que el interno, fué inspirado por los principios que, relegados por los positivistas al plano exclusivamente moral, quedaban sin embargo vigentes dentro del conjunto de nuestra civilización. Los positivistas observaban los principios del derecho natural sin reconocerlo, como el conocido personaje de Molière que no se da cuenta de que sabe hablar en prosa.

LA CIVILTÀ CATTOLICA

Ahora puede suscribirse en ESTUDIOS

representante para nuestro país, al precio de \$ 210 m/n.

la suscripción anual.

CUADERNO 2556 (15 DE DICIEMBRE DE 1956)

SANT'IGNAZIO DI LOYOLA DI FRONTE ALLA "RIFORMA" PROTESTANTE
E ALLA "RESTAUZIONE" CATTOLICA, di L. Hertling, S. I.
ANCHE GLI OPERAI SOVIETICI STANCHI DEL COMUNISMO, di U. A. Floridi, S. I.
IL LATIFONDO NELLA BIBBIA, di R. North, S. I.
LA SENSIBILITÀ SOCIALE, di A. Brucculeri, S. I.
LA RADIO AL SERVIZIO DELLE POPOLAZIONI AGRICOLE DELLA COLOMBIA, di F. Cavalli, S. I.
IN VACANZA CON UNA RACCOLTA DI SANTI, di D. Mondrone, S. I.
CRONACA CONTEMPORANEA dal 22 novembre al 5 dicembre 1956.

CUADERNO 2557 (5 DE ENERO DE 1957)

MESSAGGIO NATALIZIO DI S. S. PIO XII AI FEDELI E AI POPOLI DI TUTTO IL MONDO (23 dic. 1956).
LA SOLIDARIETÀ ATLANTICA E LA CRISI OCCIDENTALE, di Antonio Mes-sineo, S. I.
LA "VIA ITALIANA" DELLA FILOSOFIA COMUNISTA, di Angelo Perego, S. I.
IL MONDO RELIGIOSO DI DREYER, di Enrico Baragli, S. I.
NULLA DI NUOVO SULL'ORIGINE DELLA VITA, di Giuseppe Bosio, S. I.
"PIO XII VESCOVO DI ROMA", di Giovanni Caprile, S. I.
CRONACA CONTEMPORANEA dal 6 al 26 dicembre 1956.